

La virginidad, espacio de la pobreza*

*P. Marcel Dumont, O. P.***

Resumen

en este artículo el autor amplía el concepto de virginidad y lo estudia no solo a partir del aspecto físico o sexual del ser humano —especialmente de la mujer—, sino desde toda su plena expresión: que somos creaturas de Dios, y que el estado virginal de nuestro ser es una propiedad de la divinidad que nos fue dada como creatura llamada a la vida inmaculada, que nos habita en propiedad, y además nos da la posibilidad de entrar en íntima comunión con nuestro Creador y Señor.

Palabras clave: virginidad, material, espiritual, trinidad, pobreza, soteriología.

* Conferencia pronunciada en el III Congreso Internacional de Teología Mariana de la Facultad de Teología de la Universidad Santo Tomás (Chiquinquirá, Boyacá), el 19 de septiembre de 2012.

** Licenciado en Filosofía y Teología. es sacerdote dominico canadiense y director de las Obras de San Judas y Promotor del Santo Rosario en Montreal y québec.

La virginidad en el plano humano-espiritual

Comenzamos a establecer lo que podrían ser los elementos de definición de la virginidad, sobre el plano humano-espiritual, el plan de la fe. y humano-espiritual digo bien, porque no podemos separar estos estados de ser; somos creaturas espirituales y corporales inseparablemente: cuerpo y alma nos fueron creados: “Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó” (Gn 1,27). Comentando esta palabra de Dios, san Gregorio de Nisa dijo: “Este animal racional e inteligente que es el hombre surgió como obra e imagen de la naturaleza divina y pura” (2000, p. 103). y para este padre de la Iglesia hablar de pureza es hablar de virginidad. y además, somos creaturas llamadas a la vida divina: “Por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (ef 1,4).

Con frecuencia estamos perdidos en una definición demasiado humana del concepto de virginidad, por no decir sexual, cuando este concepto nos propone una dimensión mística, que no es de ninguna manera arrancada de la dimensión humana, sino al contrario: un concepto que nos permite comulgar al “Ser como Ser”. en otras palabras, el concepto de virginidad nos permite comulgar, como ser espiritual, lo que podría ser, con toda humildad, “la altura, la amplitud y la profundidad de Dios”¹; especialmente en la Persona del espíritu Santo a quien pertenece por modo de “apropiación” la especificidad de ser este espacio de virginidad en la Santa Trinidad. Pero, hablaremos de esto más adelante.

Cuando se trata del concepto de virginidad, pensamos obviamente en una dimensión humana más común y que nos es familiar. Pensamos en la virginidad física de la mujer, en su estado de ser siempre virgen, es decir, no haber tenido relación sexual con un hombre. Su cuerpo manifiesta, de cierta manera, que un espacio aún no ha sido consumado en un acto de fecundidad; hay incluso una membrana corporal para manifestar este estado, que es

1 en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios” (ef 3,18-19).

físico —lo reafirmamos—. Eso no es, pues, despreciable: la naturaleza habla por sí misma para mostrar la importancia de un estado de ser.

en el plan de la fe ahora, nuestra mirada se vuelve más integral. No se habla ya de un estado físico, sino de un estado de ser, es decir, de un estado íntegro de la persona. La virginidad abarca la realidad del cuerpo y del alma. Ser virgen no es más un estado corporal —pierdo o conservo mi virginidad—, sino un estado de ser, digo bien, es decir que hay una dimensión dinámica a “el ser virginal”, como una misión, una vocación de fecundidad: no soy virgen por ser virgen, soy virgen para algo, para un objetivo bien específico.

Así pues, cuando pensamos en la virginidad de la mujer pensamos en el ser, de la persona, de la creatura de Dios, al ser que es “la mujer” y a su estatus único de concebir en su seno, luego, a su vocación, a su misión de maternidad, maternidad en el seno de la humanidad y en el seno de la Iglesia. el concepto de virginidad está, pues, directamente relacionado con el concepto de maternidad. La virginidad, en definitiva, es un estado de la naturaleza humana-espiritual que llama a la fecundidad.

Así, lo mismo se aplica al hombre, aunque de manera diferente, un estado de virginidad le es propio, la persona tiene la virginidad del “Ser”, el aliento del espíritu, y es en su cuerpo, en su carne humana-espiritual que esta realidad “de ser” se expresa. Toda su persona está llamada, como la de la mujer, a volverse fecunda. y de manera diferente digo, porque la mujer, creada como mujer por la voluntad del Padre celestial, comulga de manera privilegiada con “el ser virginal”, en otras palabras, con el espacio de virginidad, y además, el espacio de fecundidad.

en su estudio antropológico de la mujer, titulado *La mujer, espacio de salvación* (Misión de la mujer en la Iglesia), María Teresa Porcile Santiso expone cómo, a partir de los dos relatos de la creación en el libro de Génesis, es la “corporeidad” la que diferencia a la mujer del hombre (1995, p. 199). Una teología del cuerpo es en adelante posible y lleva a comprender que el ser de la mujer posee un “espacio de fecundidad” que le es específico. Escribe entre otras cosas:

Toda mujer es un espacio de vida abierto y/o un espacio abierto, de vida. Toda mujer es susceptible antropológicamente [...] de ser

portadora de vida. el seno (vientre) es el lugar donde se gesta un niño y el lugar donde se gesta un mundo (p. 238).

y aún,

La mujer tiene una capacidad “innata” privilegiada para hacer que la Iglesia sea más visiblemente un espacio de vida [...] Todo parece indicar, al nivel del lenguaje del cuerpo, que la mujer tiene una función original e irremplazable en la Iglesia (p. 253).

El seno maternal prefigura obviamente el espacio virginal para la fecundidad en la alteridad del encuentro enamorado. y en el momento de la encarnación, este amor, este encuentro, esta fecundidad, se volverá con una “A” mayúscula de la iniciativa del Amor Trinitario. Para la Virgen María, su seno maternal se volverá el *lugar del encuentro*, su seno maternal será la *tienda de la cita* entre la carne y el espíritu, entre lo humano y lo divino. Recordamos el libro del Éxodo 40,34-38, cuando el espíritu del Señor, la *Shekina*, que acompañaba al pueblo al desierto descendía sobre la *tienda de la cita* “y la gloria del Señor llenó la Morada”.

el Concilio [Vaticano II, nos dice el P. Manteau-Bonamy], al poner en paralelo el Pentecostés y la Anunciación, nos invita a considerar que de verdad el espíritu Santo en persona descendió sobre María, a la Anunciación; y esta llegada significada por la Sombra de la “Gloria de Dios”, de la “Shekinâk”, se concretó en la virgen que fue en el momento mismo que quedó embarazada del Cristo” (1971).

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1,35), dijo el ángel del Señor a María. en efecto, la virginidad es una dimensión humana-espiritual que nos permite comulgar al “Ser como Ser”. La virginidad de María nos lo dice sin rodeos. el ser humano fue creado a imagen de la divinidad, su virginidad lo llama, lo abre, lo predispone a la plenitud de la comunión divina. y por supuesto, para la Virgen María el ser virginal que la anima se expresó de una manera completamente única: como mujer, está predispuesta por su naturaleza y como Madre de Dios es llamada de manera privilegiada a su misión.

La virginidad material de María

el tema que estamos tratando nos lleva inmediatamente a hablar de la virginidad de María. A partir de todos los principios de la Iglesia, fue un dato de fe para el pueblo de Dios confesar su virginidad.

Una mística de la virginidad se reveló [...]. en primer lugar se veneró a María como la más santa de las vírgenes, e incluso como la Virgen por excelencia, es decir, como completa y santamente consagrada a Dios en todo su ser (Nicolas, 1965, p. 44).

Los padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, nos legaron una rica herencia de este tema, discutido a partir de los primeros siglos. Al final del siglo IV y a principios del siglo V, san Jerónimo (+420), san Ambrosio (+397) y san Agustín (+430) fueron defensores de la *virginidad perpetua* de María.

No sería sin embargo hasta el siglo VII, en el año 649, que en el Concilio de Letrán se nos confirmaría este dato de fe. La Iglesia nos dirá con certeza que la virginidad de la Madre de Dios es de manera perpetua, *pre partum, in partum* y *post partum*, es decir, antes, durante y después de su maternidad. Los debates teológicos sobre la virginidad perpetua de la Madre de Dios fueron de todos los tiempos, y los de la modernidad y la posmodernidad, que son los nuestros, no faltaron a la cita. Hay aquí un debate legítimo en búsqueda de la inteligencia de la fe, a saber, si María verdaderamente concibió a Jesús sin semilla viril, dio a luz sin la pérdida de su virginidad material, y además que no tuvo otros hijos. Sin embargo, este debate no puede ser solucionado sino por un acto de fe. No un acto sin razón, sino un acto que abre la inteligencia del hombre a una comprensión que supera por mucho el análisis científico y humano del estado de virginidad corporal.

Ciertamente, el dogma de la virginidad perpetua de María es una verdad de fe que nos pone sobre el camino de un gran misterio: la alianza de Dios con la humanidad: “y el Verbo se hizo carne” (Jn 1,14). Sin embargo, una pregunta se presenta aquí para la comprensión de la fe: ¿nuestra mirada sobre la verdad de fe que es la virginidad perpetua no sería demasiado material en sí misma, demasiado física en sí misma? ¿Por qué quedarse solamente en la virginidad física, corporal de María, a pesar de que el *don* que recibió para la concepción de Jesús fue la de la presencia del espíritu Santo? en toda

verdad, la fe de la Iglesia nos enseña que la virginidad física y perpetua de María fue necesaria para la encarnación del Hijo de Dios y para la realización del plan de salvación. Sin embargo, ¿esta comunión con la obra divina no nos hundiría en el misterio de una intimidad más grande con el espíritu Santo? ¡No habría una dimensión más espiritual de la virginidad perpetua de María que deberíamos mirar, y esto con el fin de profundizar lo que es en verdad el don de la virginidad perpetua que se le dio a María, para la Iglesia y para la humanidad, y así hundirnos en las profundidades y la belleza del misterio!

el acto de su maternidad es mucho más que un acto material. María es mucho más que la Madre del cuerpo de Jesús. Sin aún hablar en término pneumatológico de la maternidad de María, el P. Garrigou-Lagrange († 1964), teólogo dominico de dogmática y de teología mística, expone cómo la maternidad de la Madre del Verbo es del orden de la comunión con lo divino:

La maternidad divina no se termina precisamente en la humanidad de Jesús, sino en Jesús mismo en persona; es él, y no su humanidad, quien es el Hijo de María. Y en consecuencia, como lo dice Cajetan, la maternidad divina “alcanza las fronteras de la Divinidad” (1941).

el acto de la maternidad de María es consecuencia de una unión íntima con la presencia del espíritu Santo. este es un acto de asociación y de relación con la vida trinitaria.

San Luis-María Grignion de Montfort vio bien a la Virgen Madre de Dios, cuando la llama ‘la Relación de Dios’. el espíritu Santo existe tanto en el ser personal de la Inmaculada cual es, a partir de su creación, pura relación de Dios (Manteau-Bonamy, 1975, p. 85). Por el don del espíritu santo, la maternidad de María es divina tanto en su principio como es divina en su terminación por la filiación divina del Cristo (1971).

en resumen, si se restringe solo al aspecto material, físico, de la maternidad divina de María, pasamos por alto el misterio: María se convierte tan solo en la madre del cuerpo de Jesús y no en la Madre de Dios. Cuando se restringe solo a la virginidad física de María, ella se convierte tan solo en

un receptáculo momentáneo, un lugar de paso para el Hijo de Dios, y no en “la Virgen” Madre de Dios. “Aceptar, acoger el milagro de la encarnación, es aceptar que María sea realmente la ‘Madre de Dios’ y la ‘Madre Virgen’. Nada aquí contra la sexualidad, contra el amor humano. El significado es muy otro”. (Clément, 2005, p. 118). La llegada de la virginidad al mundo fue necesaria para el nacimiento del Hijo de Dios. Sin el espacio virginal operando una pureza y santidad absoluta por la presencia del espíritu, el Verbo de Dios no podía hacerse carne, y nada del milagro de la maternidad divina habría sido posible.

La virginidad “espiritual” de María

es de su maternidad [nos dice Olivier Clément], recibida de Dios por el espíritu Santo, maternidad a la vez física y espiritual, que extrae toda su gloria. en ella se revela la vocación más alta de la humanidad y más concretamente de la mujer, como lo había comprendido bien el pueblo de Éfeso (Clément, 2005, p. 116).

en el momento de la declaración del dogma de la maternidad divina en el año 431. y como anteriormente destacamos, sin quebrantar el orden de la naturaleza, es decir de la maternidad humana, de ninguna manera, sino al contrario, la maternidad virginal de María nos vuelve a dar la capacidad de redescubrir plenamente lo que es la virginidad humano-espiritual que nos habita, y que habita de manera privilegiada, lo reitero, el ser de la mujer. La virginidad de María nos pone en contacto pleno con lo que hay de más humano y de más divino: el ser humano recobra así el sendero de toda su dignidad, de su comunión con lo divino.

“el espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1,35), dice el ángel a María; y es allí, en la fecundidad de esta palabra de Dios, que debemos buscar la razón de ser del “espacio virginal”, del ser virginal de María, y del ser virginal de cada uno de nosotros en el momento de nuestro bautismo. este “ser” virginal, este estado de virginidad, nos abre y nos predispone a recibir lo que hay de “más pobre” y de más íntimo, al corazón, al centro de todo ser humano:

la presencia del Verbo de Dios. ¡No es el tema de esta ponencia, la virginidad como espacio de la pobreza!

No existe ninguna duda ahora en teología que la Madre de Dios haya tenido y tenga siempre una intimidad completamente única con el espíritu Santo en el plan de salvación. Por lo tanto, toda su vocación de “socia”, es decir, de estar asociada a la misión salvadora de Jesús, por su misión de maternidad, depende de esta unión privilegiada. Sin la presencia del espíritu Santo María no tendría ninguno de los atributos que le conocemos: colmada de gracia, madre de Dios, virgen siempre, inmaculada. es la íntima comunión con el espíritu de Dios que inculca en María el estado de virginidad que la pone en perfecta comunión con el “Ser como Ser” con la divinidad de Dios. el ser humano-espiritual de María está en perfecta comunión con la vida divina, y la humanidad entera “en” la humanidad de María —por supuesto, por la ofrenda de Jesús en la cruz— recobra la virginidad del ser que había perdido por causa del pecado original. “La dinámica del pecado [dice san Gregorio de Nisa] corrompió la vida de los hombres [...] y aquella divina belleza del alma hecha a imitación del arquetipo, no conserva la gracia de la imagen que le era propia y conforme a su naturaleza” (De Nisa, 2000, p. 106). y, podría añadir, a su naturaleza virginal.

¿Cuál es para la Virgen Inmaculada la amplitud del ser virginal que la habita? Como mujer, como criatura humana, está, lo dijimos, predispuesta a comulgar de manera privilegiada a la virginidad del Ser como tal. Como Madre de Dios, es llamada por su misión. y ambos, la disposición de la naturaleza humana a ser mujer y la llamada a la maternidad divina tienen por causa y fuente la presencia del espíritu Santo, “divina maternidad de amor” (Manteau-Bonamy, 1991, pp. 32-34) en la Trinidad Santa. Por causa, porque creada a la imagen de la vida trinitaria, la mujer es la expresión en la vida humana de esta maternidad de amor en Dios; y por fuente, porque ella está llamada a una misión singular: es el seno de la mujer, de la madre, que va a ofrecer a la humanidad decaída la posibilidad de reanudar, de recomulgar, si puedo expresarlo así, con la divinidad por la encarnación del Verbo. San Maximiliano Kolbe nos dice:

esta eterna Inmaculada Concepción (el espíritu Santo) concibe de manera inmaculada la vida divina en el seno de su alma, ella (María), Inmaculada Concepción. y se le reserva el seno virginal del cuerpo de

María y ahí concibe también en el tiempo [...] la vida del Hombre-Dios (Manteau-Bonamy, 1975, p. 79).

Pero volvamos de nuevo a nuestro interrogante inicial: ¿cuál es para la Virgen Inmaculada la amplitud del ser virginal que la habita, si comulga por naturaleza y por gracia a la plenitud virginal de la presencia y la vida del espíritu Santo? Cuál es la “altura, la anchura y la profundidad” de la amplitud virginal que la anima, si podemos llamarla: colmada de gracia; Madre de Dios; inmaculada; virgen siempre. ¡Virgen siempre!: antes, durante y después de su maternidad. No sería allí la amplitud de su virginidad, la amplitud de su comunión con el “Ser como Ser”, la amplitud de su comunión con la Vida divina. el “antes de” nos establece en el espacio espiritual de la “altura” del Ser divino; el “durante” nos sitúa en el espacio espiritual de la “anchura” de la Vida divina, y el “después de” nos ordena en el espacio espiritual de la “profundidad” del Ser como Ser, de la vida trinitaria.

¿Qué quiere decir esto? ¿Eso significa que la Virgen María comulga con la vida trinitaria de manera absoluta?

¿Van a concluir que la Inmaculada se convierta en el Santo-espíritu? No, ya que es una criatura. Sin embargo, es necesario decir que esta joven muchacha de nuestra raza nunca ha existido fuera del espíritu Santo que es Inmaculada Concepción de Dios (Manteau-Bonamy, 1975, p. 62).

¿entonces, sería decir que la Virgen Inmaculada comulga con la vida trinitaria en “plenitud de gracia”, ciertamente que sí! La Colmada de gracia recibe, debido a su naturaleza y debido a su misión, la plenitud de la comunión al ser virginal en la Trinidad Santa. Así, el seno virginal de la Inmaculada es transfigurado hasta el punto que está en condiciones de acoger la vida divina, la presencia del Verbo de Dios. “Alégrate Colmada de gracia” (Lc 1: 28), dirá el ángel a María en el momento de la encarnación. La comunión con la plenitud de gracia en María se expresa, se dice, “por” el espacio virginal que la anima: antes, durante y después de su maternidad.

Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo [...] en él, ustedes, los que escucharon la Palabra de la verdad, la Buena Noticia de la salvación, y creyeron en ella, también han sido marcados

con un sello por el espíritu Santo prometido. ese espíritu es el anticipo de nuestra herencia y prepara la redención del pueblo que Dios adquirió para sí, para alabanza de su gloria (ef 1,5;14-15).

está allí la gracia de la encarnación y de la presencia del espíritu: dar a la humanidad la posibilidad de comulgar con Dios en “plenitud”, permaneciendo una criatura. Vivir de la herencia plenaria de la vida divina como coheredero del Hijo eterno del Padre, está allí la enseñanza de san Pablo: ser hijo en el Hijo, estar llamado a vivir y compartir los atributos de la vida divina en la comunión con el Verbo hecho carne. ¡Comulgar con Dios en plenitud! Sin la presencia virginal del espíritu Santo, eso sería imposible para nosotros; es posible para nosotros “en” María por su intimidad singular, única y específica, con la tercera persona de la Santa Trinidad; es posible en el seno virginal. es la virginidad que llama, que convoca, por decirlo así, el Verbo a la encarnación. Él, la gracia increada que colma a su Madre de la presencia de la divinidad.

La virginidad, la propiedad del Espíritu Santo en la Santa Trinidad

Hablamos hasta ahora de la íntima comunión de la Virgen María y del espíritu Santo en la obra de virginidad que se opera en María, dentro del plan de salvación, y por supuesto, de esta virginidad “de ser” que viene hasta nosotros por la misión de María y del espíritu. Santo Tomás nos enseña que las misiones divinas del espíritu —digno enviado del Padre para acabar la obra de salvación en la Iglesia— son la santificación del pueblo de Dios y la realización del misterio de comunión en este mismo pueblo. Santificar el pueblo de Dios es el deseo profundo del espíritu Santo en su obra diaria ante cada uno de nosotros. Obra de santificación que actualiza en nuestra humanidad redimida, la realidad de comunión que se expresa en la Vida divina, en el centro del Amor trinitario. “el espíritu [nos dice Olivier Clément] es el agente de la comunión eclesial, verdadera participación del mundo de existencia de la Trinidad tal como lo precisaron los padres del IV siglo” (Clément, 2005, p. 62): El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se entregan uno al

otro en un amor mutuo. y es allí donde está la vocación profunda del espíritu Santo de conducirnos a una obra de santidad que nos permitirá vivir el misterio de comunión de la vida divina en cada uno de nosotros. el espíritu Santo nos hace entrar en comunión con nosotros, con nuestros hermanos y en comunión con Jesús, quien nos conducirá hasta las profundidades de la comunión trinitaria.

Para realizar este actuar de santidad, el espíritu santo posee como persona divina, la “apropiación” de actualizarse a sí mismo, el espacio necesario para la realización de la fecundidad del amor trinitario. en la comunión trinitaria, como nos lo enseña la Tradición, el Padre se entrega al Hijo en un amor absoluto y total de todo su ser; *engendra* así el Hijo en el Amor. Y este Amor es personificado por la Tercera persona, el Espíritu Santo. Este último es, en definitiva, el lugar, el espacio donde se realiza el amor trinitario. Y según san Gregorio de Nisa, “La virginidad se encuentra también en la pureza física e incorruptible del espíritu Santo, pues cuando se dice pureza e incorruptibilidad se está designando a la virginidad bajo otro nombre” (2000, p. 44). y sobre este pasaje en su libro *La virginidad trascendente de María Madre de Dios en S. Gregorio de Nisa y en la antigua tradición de la Iglesia*, M. Gordillo dirá

La virginidad se halla en Dios como en su manantial, con toda la plenitud de pureza, de incorruptibilidad y de apátheia (sin sufrimiento); y en Dios considerado tanto en unidad de sustancia cuanto en Trinidad de personas; puesto que no podemos concebir las procesiones divinas, si no son absolutamente puras y virginales (Gordillo, 2000, p. 23).



Podemos ver las procesiones divinas que conocemos: el Padre que engendra el Hijo en el Amor, en la presencia del Espíritu Santo. La gran "V" es para mostrar que la persona del espíritu es la virginidad en el seno de la Santísima Trinidad. el color amarillo simboliza aquí la virginidad que envuelve la plena actividad trinitaria.



en suma, el espacio del amor trinitario es un espacio "virgen", un lugar de "inmaculada concepción", un lugar donde nada mancha, limita o aniquila el don amoroso de cada una de las tres personas divinas, y esto en la obra de comunión que se despliega en su unión en un mismo amor. Así pues, la virginidad de "ser" que surge del espíritu Santo, la pureza absoluta e inmaculada de su persona, es el fruto y la fuente. el fruto, porque es en sí mismo el receptáculo del amor del Padre y del Hijo, y por lo tanto el fruto de su amor. y como fuente, porque como persona divina, posee en sí mismo todos los atributos del Amor-don que habita en cada una de las personas divinas, y más que eso, como tercera persona, es su "apropiación" de ser el lugar virginal del Amor:

Eso significa que el Espíritu Santo viene del Padre por el Hijo hacia la virgen para hacerla Inmaculada Concepción, Don de amor, de divina Maternidad, como él se origina él mismo del Padre por el Hijo en el seno de la Trinidad para ser eternamente amor, Don primero, divina Maternidad de Amor (Manteau-Bonamy, 1975, p. 81).

Podemos constatar que el movimiento entratrinitario es lo mismo en el momento de la encarnación / maternidad divina y la concepción inmaculada de María: el Padre engendra al Hijo en el seno de María [M = María] gracias a la presencia del espíritu Santo que viene sobre ella para hacerla siempre virgen. y la virginidad envuelve la plena actividad trinitaria.

“el espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1,35), dice el ángel Gabriel a María. el espacio virginal del Amor trinitario vendrá sobre ti María, por lo tanto, tu seno y toda tu carne se transformarán en receptáculo inmaculado. Así el Padre podrá venir a engendrar al Hijo en toda la pureza del amor virginal que habita la Trinidad Santa. “¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?” (Lc 1,34). Tu virginidad, oh María, unida a la del espíritu, llamada a la fecundidad del “Ser”, la de la vida divina —ella lo sabe y el Espíritu lo sabe y lo desea—. “Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo” (Lc 1,31-31a). Sí, María, en adelante y para siempre, el Hijo del Altísimo vive en tu corazón y en tu carne. Por su encarnación, el Hijo de Dios viene a mendigar, como un mendigo, en tu seno virginal y en el del espíritu, la gracia de ser el amor mendigo en el centro de la humanidad.

La pobreza en el sentido bíblico, soteriológico y trinitario

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento hay un tema común: el de la compasión por el débil, el pobre. el corazón del Padre en el Antiguo Testamento se inclina hacia el oprimido, hacia la viuda y el huérfano, y hacia el extranjero cuyos derechos han sido violados por la injusticia o por las circunstancias de la vida. Jesús en el Nuevo Testamento viene a proseguir y acabar esta enseñanza del Padre: “Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos” (Mt 5,3). ¿Qué podemos guardar de esta enseñanza, de esta propensión, esta inclinación, esta predisposición propia, del corazón de Dios hacia todo lo que manifiesta de cualquier manera que sea la pobreza, la humildad y la pequeñez? ¿Será que Dios tiene una inclinación natural, sobrenatural, hacia el pobre?

Ciertamente, el corazón del Padre y del Hijo se inclinan de manera natural hacia el débil, el oprimido, el desheredado. ¡Cómo podría ser eso diferentemente por un corazón plenamente humano y que ama con entrañas, que se conmueve por el pobre! ¡Además, Jesús no vino para eso, vino para aliviar el corazón roto y desmoralizado! No se podría imaginar lo contrario que viene del corazón compasivo y misericordioso de nuestro Dios. Pero, ¿qué puede predisponer así el Todopoderoso a tener tal afecto por el pobre? Indudablemente, Nuestro Señor no vino al mundo para exaltar la miseria y hacer un bien de ello, eso nos parecería totalmente absurdo. Habría pues algo de la vida divina que tendría una correspondencia con la pobreza en el sentido positivo y bíblico del término: pobre es el que tiene en primer lugar y antes de todo necesidad del otro. ¡No habría en la alteridad trinitaria, en el misterio de comunión entre el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo algo de la necesidad del otro, para vivir, para existir!

San Pablo nos enseña en la epístola a los Filipenses que

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz (Fil 2,6-8).

Ciertamente, hay en este movimiento, en este descenso, un amor compasivo y misericordioso de nuestro Señor para los pecadores que somos. Una de las misiones divinas de Jesús fue la de venir a salvarnos. Pero en la cruz se expresa mucho más que eso.

Hay lo ontológico, la naturaleza de Dios, lo sobrenatural e incluso el Amor trinitario, que se expresa en la cruz. Jesús viene a mendigar el amor, Jesús es este mendigo del amor, este sediento del amor. ¡Tengo sed, dirá él! (Jn 19,28). ¡Tengo sed de su amor, tengo sed de amaros, tengo sed de haceros entrar en la comunión de nuestro amor: entre el Padre, el espíritu Santo y yo; necesito de ustedes! Jesús dice, expresa toda su humanidad: cuerpo, alma y espíritu, y toda su divinidad, lo que hay de más poderoso y de más pobre en el amor trinitario. Jesús se da con generosidad, sin calcular, sin medida, al igual que lo hace en la Trinidad cuando se lanza en los brazos del Padre.

Jesús sobre la cruz se lanza en los brazos del Padre, abrazando, llevando en sus brazos extendidos la humanidad redimida. es aquí, sobre la cruz, la misma dinámica que en la comunión de las tres personas divinas en el impulso mutuo del don de su amor. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no pueden vivir, existir como persona divina, uno sin el otro, sin el don incondicional del amor del otro. Por tanto, Jesús en su vida pública va a exaltar, de una manera evidente, el estado de la pobreza, la indigencia, el abandonado, ya que el pobre es quien tiene necesidad del otro, de su hermano, de su hermana para vivir, para existir como persona. estar en necesidad es un menester de nuestro corazón para poder amar a la manera de nuestra naturaleza humana-espiritual, con el fin de poder amar a la manera de nuestro Dios y Creador.



Jesús es, pues, de una vulnerabilidad absoluta sobre la cruz, desnudo, despojado de todos los medios, excepto el de expresar su necesidad; y sin nuestro amor, se morirá, no podrá vivir. en verdad morirá a causa de nuestro pecado, porque no reconocimos su necesidad, la de amar; pero resucitará a causa de la presencia del espíritu Santo. La pobreza que es el amor necesita un espacio de santidad, de virginidad, para realizarse, para vivir. Jesús muerto en la cruz se convierte en el más pobre de los pobres; tendrá los brazos de María y los del espíritu para acogerlo. "e inclinando la cabeza [nos dice san Juan] Jesús volvió a poner el espíritu" (Jn 19,30). Jesús entregó

el espíritu Santo a la humanidad, a la Iglesia, y esto, en los brazos de María. “el espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1,35), dice el ángel a María. Al pie de la cruz, la virginidad en toda su plenitud, viene a acoger la “pobreza del Hijo de Dios y la del Hombre”. ¡Dios tiene necesidad del otro, el Hombre-Dios necesita de nosotros para vivir! ¡qué hay más pobre que el amor en la cruz! ¡qué hay más pobre que una hostia tendida sobre el altar! ¡María y el espíritu están allí, la virginidad está allí, para abarcar todo y entregar fecundidad!

Otra vez, podemos ver la similitud entre las procesiones divinas y el don del espíritu Santo en el momento de la cruz: el Padre que engendre el Hijo en los brazos del Espíritu que viene sobre los de María, la Madre siempre virgen. La resurrección puede realizarse gracias a la presencia de la virginidad.

La virginidad, espacio del pobre, tú mi hermano

¡Tú, Jesús, el más pobre de los pobres, mi hermano! ¡Tú, mi prójimo, mi hermano! ¡Tú, el pobre en este mundo, tú que careces de todo, mi hermano! en adelante, la presencia virginal del espíritu y de María hace una brecha en mi alma, un espacio de virginidad que abre a la dimensión del Ser, que me da la perspectiva, la posibilidad, del amor trinitario. Puedo acoger a Jesús siempre un poco más cada día; puedo acoger su pobreza mendigando un poco de amor de vuelta; puedo dejarme domesticar por este tipo de amor: despojarme de todo por amor. Puedo acoger al prójimo, mi hermano, como un verdadero hermano que necesita de mí y yo de él.

Pero, sobre todo, hay un espacio privilegiado en mi alma, en nuestras almas, para el pobre, el verdadero pobre, el que es desnudo de todo poder y de todo bien, como Jesús en la cruz, el que me dice en este mundo que Dios tiene una mirada privilegiada sobre él, al igual que Jesús nos ha mirado sobre la cruz. La virginidad de María y del espíritu en nuestro ser cava en adelante un abismo infinito de libertad (Clément, 2005, p. 18) para dejar crecer el pobre en mí. en la vida, en mi diario, la presencia del pobre ya no me da miedo; la presencia de Jesús ya no me da miedo; la presencia del hermano herido por la vida ya no me da miedo. y al contrario, hay algo que, aunque no sé qué es, me atrae hacia él. La comunión de la virginidad y del pobre

requiere desposarse, hacerse uno, está allí la vida trinitaria, la comunión del Verbo y del espíritu: la virginidad de María y del espíritu en nuestra alma de bautizado llama a la presencia de Jesús, el más pobre de los pobres, y esto, por el corazón y la carne de mi hermano pobre, el que necesita de mí. ya no podría vivir más sin tener comunión con el pobre.



Vemos una última vez el paralelismo con las procesiones divinas: el Padre engendra el Hijo en la Virginidad del Espíritu Santo que recibimos [H = el hombre] como don en el momento de nuestro bautismo.

No se puede imaginar lo que es la belleza y el tamaño de la virginidad. María recibió este mandato de Dios, nuestro Padre, de manifestárnoslo, de presentárnoslo, a cada uno de nosotros, esta joya de nuestra alma perdida por causa del pecado. La virginidad física no es el digno reflejo de un estado del alma, y más que un estado del alma, un estado de ser, es decir, de toda nuestra persona. ya que la virginidad en verdad es un lugar donde el alma, el cuerpo y el espíritu hacen un único movimiento, es todo nuestro ser, en cierto modo, que no puedo dejar al amor herido, aniquilado o manchado de ninguna manera. La virginidad perpetua de María, antes, durante y después del nacimiento de Jesús es en resumen la señal grandiosa de la plenitud hacia la cual nuestro Creador quiere conducirnos. Nada podrá impedirle a nuestra alma, espacio infinito de santidad, de libertad, crecer gracias a la virginidad.

La *colmada de gracia* nos conduce por su vocación a la plenitud de la gracia, es la altura, la anchura y la profundidad del amor trinitario que nos espera.

¡Tú, mi hermano, tú, el pobre, dime lo que es el Amor! Ven con tu presencia a mi corazón y a mi carne y en este mundo despierta en mí al Ser virginal. La Virgen Inmaculada en su íntima y singular unión con el espíritu Santo, sí, puede abrirme, puede conducirme a la presencia del pobre, mi hermano. He aquí una señal evidente de la presencia de la Inmaculada en la vida de un creyente, he aquí una señal evidente de la vida del espíritu Santo en la Iglesia. Sin embargo, esta ascensión, este sendero espiritual, inmaculado, formula, hace brotar una pregunta en nuestra alma: Señor, “¿Cómo puede ser eso? el espíritu Santo vendrá sobre ti!”.



Referencias

- Clément, O. (2005). *Espace infini de liberté (Le Saint-Esprit et Marie "Théotokos")*. Ubicación: Anne Sigier.
- De Nisa, G. (2000). *La Virgindad*. Madrid: Ciudad Nueva.
- Garrigou-Lagrange, R. (1941). *La Mère du Sauveur et notre vie intérieure*. Lyon: Les Éditions de l'Abeille.

- Gordillo, M. (2000). La virginidad trascendente de María Madre de Dios en S. Gregorio de Nisa y en la antigua tradición de la Iglesia. *Estudios Marianos*, 21, 1960, dans Gregorio de Nisa, *La Virginidad*, Ciudad Nueva, Madrid, 2000, p. 23.
- Manteau-Bonamy, H. M. (1971). *La Vierge Marie et le Saint Esprit*. Ubicación: Lethielleux.
- Manteau-Bonamy, M. H. (1975). *La doctrine mariale du Père Kolbe*. París: Dessain et Tolra.
- Nicolas, M. J. (1965). *Théotokos (Le mystère de Marie)*. París: Desclée.
- Porcile Santiso, M. T. (1995). *La mujer, espacio de salvación (Misión de la mujer en la Iglesia)*. Ubicación: Claretianas.

